

Formación de la Consciencia Nacional

Por el Dr. Juan ROURA PARELLA. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

Motto :

“Humanidad sin nacionalidad es vacía; Nacionalidad sin Humanidad es ciega”.
Werner Sombart, *Vom Menschen*, p. 276.

Al Dr. Lucio Mendieta y Núñez.

I

Trascendencia social del hombre

A RISTOTELES acuñó la frase: el hombre es un animal político o de grupo. Hace veinticinco siglos que este pensamietno circula a lo largo de la Historia como verdad axiomática. El hombre vive con otros hombres: *unus homo, nullus homo*.

Esta verdad no es más que una parte de otra más amplia: el hombre está abierto al mundo en el cual, además de sus semejantes, hay otras muchas cosas con las que mantiene una constante relación. Y no es que entre en este mundo o se retire de él cuando le plazca como quien abre o cierra la llave de la electricidad, sino que el mundo circundante es una parte de él mismo, constituye un carácter fundamental de su existencia. Al salirse de sí mismo, el hombre se encuentra en un mundo

donde hay otros hombres con quienes tiene que convivir. La existencia humana es vida en la comunidad.

Vivimos sumergidos en el torrente de los acontecimientos, cuyas situaciones siempre nuevas, con frecuencia imprevistas e inesperadas solicitan nuestra iniciativa y nuestra acción. El torrente nos lleva en su corriente pero también nos es dable, en no poca medida, regular su curso. Ni flotamos meramente sobre las aguas como un pedazo de corcho movido por fuerzas físicas ni tampoco somos espectadores como quien contempla el río desde la orilla, sino que navegamos en él, a veces hasta contra su curso. Salirse de la corriente, escaparse siquiera psíquicamente, implica siempre pobreza vital. Estamos en el mundo, somos parte de él, lo formamos y transformamos de tal suerte que a menudo no se reconoce ya más su faz primitiva. A su vez este ambiente en que estamos sumergidos nos atraviesa, nos imprime su sello, nos moldea y forma impregnándonos con su esencia. Como lo ha expresado bellamente Lord Byron:

“Are not the mountains, waves and skies
A part of me and my soul as I of them”?

No solo las montañas, las olas y los cielos son una parte de nosotros y nuestra alma y nuestro mismo yo una parte de ellos sino también los hombres entre los cuales vivimos. “De alguna manera el alma es todos los seres”, ha dicho Aristóteles en *De Anima*, III, 8, lo cual quiere decir que necesitamos el mundo para formar nuestra personalidad. Como es sabido, esta trascendencia y unidad del hombre y el mundo que en Parménides era identidad (“Lo mismo es el pensar y el ser”) es el punto de partida del filosofar de Heidegger. Este concepto, se encuentra ya claramente expuesto en Dilthey (*Lebensbezug*). Ortega habla del “hombre y su circunstancia” y el filósofo norteamericano Hocking, desgraciadamente poco conocido en los pueblos de habla española, nos dice en su libro “*The Idea of God in Human Experience*” que no es posible separar una consciencia de las otras. Toda consciencia es co-consciencia. Por lo demás, Max Scheler sostiene que esta unidad entre el individuo y los demás es anterior a la unidad del propio yo. Y Whitehead llevará las cosas al extremo afirmando el carácter social de todas las cosas del Universo.

Distinguimos distintas clases de relaciones con el mundo exterior. Utilizamos las cosas para nuestros fines directamente o después de transformarlas. En esta esfera práctica entran con frecuencia nuestros semejantes. El hombre toma también al hombre como medio, lo utiliza para sus fines, lo explota y esclaviza abierta o embozadamente. En esta esfera entran también el trabajo y la profesión. Sin embargo, en el trabajo profesional la relación trasciende lo puramente práctico y en él aprendemos lo que las cosas son. El hombre que hace carbón vegetal en el bosque sabe sobre este producto infinitamente más que el hombre que lo vende. En el transcurso de su trabajo el hombre hace sus experiencias y en la resistencia que le presentan las cosas, las conoce y se conoce a sí mismo. Todo el amplio dominio de la técnica pertenece también a la esfera práctica. Pero la técnica presupone el conocimiento de las leyes naturales. En este caso la relación con el mundo exterior no es primariamente práctica sino cognoscitiva. Saber lo que las cosas son más allá o antes de toda consideración utilitaria es lo que trata de descubrir la función de conocimiento. Su órgano no se circunscribe al intelecto sino que pone en juego el corazón, órgano emocional. La relación primigenia con el mundo exterior tanto en el desarrollo individual como en el de la especie no es ni el instrumental ni el intelectual sino el afectivo. Esto se ve claro en el niño. La vida se pone aquí en contacto con lo que le rodea y adapta sus reacciones al conocimiento básico emocional. Y en el plano más elevado de la vida emocional se halla aquella capacidad para percibir los matices más finos en el mundo de los valores que Pascal llamó *esprit de finesse* en oposición al *esprit de géométrie* cuyo órgano es el intelecto.

El resultado de la trascendencia social es la formación de las diferentes agrupaciones humanas. La sociabilidad es el órgano de esta trascendencia uniéndonos unos a otros mediante una tupida red de relaciones. Nuestros actos, nuestros pensamientos, nuestros sentires nos ligan a los demás. Y nos desunen. Amor, odio, simpatía, envidia, celos, aprecio, desprecio, gratitud, obediencia y dominio, son entre muchas, unas cuantas actitudes primarias que dan dirección y tono al modo de dársenos los demás. En esta conciencia primaria del prójimo nos sentimos atraídos o repetidos, nace en nosotros la confianza o la desconfianza. En esta primera impresión está contenido, a menudo con una obscura conciencia, el signo de nuestra futura relación con nuestros semejantes de ambos

sexos. Small ha dicho con razón: "Cada uno es un imán actuando sobre el resto".

Más adelante estas actividades primarias serán acaso modificadas por consideraciones que alteran nuestra primera impresión o contacto. Por ejemplo, la fuerte atracción de una mujer puede cambiar de signo al descubrir que procede de una determinada familia o clase social, que pertenece a una cierta confesión religiosa o que ejerce una determinada profesión.

Estos factores categoriales se entrelazan con los emocionales reforzando o invirtiendo el signo de nuestras relaciones sociales.¹

Si no existiera la trascendencia social, si el hombre fuera cerrado como una ostra, la vida colectiva no existiría, el mundo de los humanos sería una pura agregación y el alma del hombre lo mismo que su faz externa serían muy distintas de lo que son. La sociabilidad saca al hombre de sí mismo, une a los individuos entre sí, para constituir la gran variedad de los grupos humanos. El grupo vive en la conciencia del individuo determinando en gran medida su conducta externa e interna. Ciertamente que el individuo es mucho más que una parte del todo, que no se disuelve enteramente en la colectividad, que más allá de la vida social existe una vida personal para cuya plena realización, que es el fin último del hombre en su paso por el mundo, se necesita la existencia del grupo. Sin embargo, el grupo es una parte constitutiva de la existencia individual. Al vivir, el hombre realiza los valores de la comunidad y los de su propia personalidad. Así, en las honduras de su alma el individuo se siente como un ser único, personal, viviendo sus propios contenidos de conciencia, en relación inmediata con Dios, y también en un plano más superficial siente su pertenencia a la colectividad, viviendo los contenidos de conciencia que nacen del grupo y que son la base donde arraiga el sentimiento del "nosotros" El individuo puede ser miembro de muchas agrupaciones humanas que se entrecruzan, se sobreponen o viven independientemente unas de otras.

El propósito de este trabajo es analizar los ingredientes que constituyen este sentimiento del "nosotros" en el llamado grupo nacional. ¿Qué factores determinan el nacimiento de este sentimiento colectivo? ¿Cuál es la naturaleza del lazo de unión en la colectividad nacional? ¿En

1 N. S. Shaler: "The Neighbor" pp. 207 y ss. 1904.

qué momento histórico aparece la conciencia de la pertenencia al grupo nacional? ¿Cómo puede formarse una sana conciencia nacional? ¿Cómo salvar al individuo de su suicidio moral en aras de la colectividad nacional? ¿Cómo superar la conciencia nacional? Estos son en síntesis unos pocos problemas que trataremos de discutir brevemente aquí y que constituyen el meollo, impregnado de esperanzas y terribles pesadillas, de la vida contemporánea.

II

Asedio al concepto de nación

¿Qué es la nación? La rica variedad de significados de este vocablo hace imposible aprisionar su concepto en el marco de una definición. El término nación ha perdido su sentido etimológico, de parentesco sanguíneo. Nación viene de *natio*, es decir, nacer, comunidad de nacimiento. Hoy se habla de nación no en el sentido de comunidad de sangre sino de la cultura. La base de la comunidad nacional no es la naturaleza sino el espíritu. “Por mi raza hablará el espíritu”, reza el magnífico pensamiento mexicano que es una realidad pero también una fe y un aviso en el noble pueblo mexicano.

Sin embargo, al este del Rin el concepto de nación está todavía cerca del concepto de tribu. La propaganda racial del nacional socialismo encontró en Alemania un suelo abonado, que roturó por vez primera Herder dándole ciertamente un sentido ampliamente humano.² En cambio al oeste del río legendario el concepto tiene un carácter predominantemente político y cultural.

La conciencia nacional no hace referencia a ninguna substancia mística sino simplemente a un modo común de sentir y querer en el seno del grupo. Hay que decir, una vez para todas, que no hay más conciencia que la individual con sus diversos círculos de experiencia. La conciencia vive únicamente en la intimidad del individuo. Ella afirma o niega, acepta o repudia, duda o decide y es responsable de sus acciones y omisiones.

2 Briefe zu Beförderung der Humanität. Fünfte Sammlung. Brief 57. Herders Sämtliche Werke, ed. Suphan, Vol. 17, p. 319, Berlin 1881.

Hay que insistir, sin embargo, en que el contenido de la conciencia no es sólo individual. Hay un grupo de representaciones, afectos, sentimientos y emociones, actitudes y motivaciones de la voluntad comunes a todos los individuos del grupo. Este contenido social de la conciencia es tanto más rico y eficiente en la determinación de la conducta individual cuanto más fuerte es la unidad del grupo. Hay una conciencia colectiva que como se dijo más arriba se expresa con el pronombre nosotros, indicador de la pertenencia.

No tenemos una idea clara de la extensión del marco de referencia de nuestra conducta. Somos mucho menos libres de lo que creemos y en gran medida nuestra libertad es ilusoria pues hacemos "libremente" lo que hacen los demás, pensamos, sentimos, hablamos, nos vestimos y gozamos como los demás. El sujeto de esta poderosa conciencia colectiva es, para usar la conocida expresión heideggeriana "das Man" Este tirano que rebaja el nivel de nuestra existencia exige obediencia y rutina que es vivida como libertad... A cambio de esta degradación personal nos libera de la angustia de la libre decisión reforzando así el sentimiento de seguridad.

Consustancial con esta conciencia colectiva palpita un sentimiento nacional, basado mucho más en una valoración inconsciente que en un conocimiento adecuado. Cuando hablamos de conciencia de sí mismo, de clase o de conciencia nacional pensamos ante todo en un acto de propia valoración. Es cierto que la valoración puede fundarse y fundirse en un conocimiento, pero en sí misma nada tiene de intelectual y es anterior al conocimiento. La estimación de sí mismo en cualquiera de sus dimensiones surge de la vida misma como un hecho primario. A menudo el entendimiento intenta justificar esta valoración. Como el individuo, la nación se afirma a sí misma, quiere ser reconocida en su valor, aparenta con frecuencia más de lo que vale engañándose a sí misma y tratando de engañar a los demás, quiere "figurar" entre los demás pueblos, competir con ellos, tiene fe en su valor espiritual y material, padece tremendas frustraciones que repercuten enormemente en la vida interna del país, en su tono vital, engendrando sentimientos de inferioridad y compensaciones de superioridad y está dispuesta a defender su derecho incluso con el sacrificio de la vida de sus miembros.

Los portadores de esta conciencia nacional son los miembros del pueblo. No se trata pues, de ninguna entidad metafísica. La nación no

tiene alma ni es ningún organismo. No hay más alma ni más conciencia que la individual. Tampoco puede hablarse del espíritu de la nación como de una substancia. No existe más espíritu que el que se vincula en el alma individual. Sólo en sentido metafórico pueden usarse estos conceptos del idealismo y romanticismo alemán y siempre con precaución pues están siempre prontos a cargarse de una substancia explosiva de alta potencia.

La nación es una formación social moderna.³ El nombre es conocido de antiguo pero hasta el siglo XVIII no se formó ninguna estructura nacional en el sentido que le damos hoy. El sentimiento nacional surge en el fondo de la conciencia universalista del Renacimiento en la que palpita fuertemente la simpatía general y el amor a la Humanidad.⁴ Todavía en Montaigne, que se sentía francés a través de París, predomina este sentimiento universalista: "J'estime tous les hommes mes compatriotes et embrasse un Polonois comme un François . . . , postposant cette lyaison national a l'universelle et commune."⁵ Esta conciencia nacional irá ganando terreno en su lucha con el humanismo alcanzando una alta tensión en el siglo pasado y en nuestros días opera quizás con mayor fuerza todavía escondida tras de las ideologías políticas tales como comunismo, nazismo con sus variados matices, y democracia.⁶

III

La pretendida voz de la sangre

En vísperas de encargarme de un curso de *Social Psychology* en la Wesleyan University, su presidente, gran humanista que ha luchado siempre contra toda clase de discriminaciones me disparó esta pregunta a

3 Anatole France escribe: "la nation . . . c'est une chose toute moderne . . .", en: *Vie de Jean d'Arc*, 7ª edición, Vol. I, p. LXV, Paris 1908.

4 Michelet: *Histoire de la France*, Vol. VII, p. 344, Edición 1874. En la página 57 habla Michelet del nacimiento del sentimiento nacional como de un "misterio de la unidad", de "fraternal unidad"

5 *Les Essais de Michel de Montaigne*, livre III, cap. IX, p. 240, Bordeaux, 1909-1920.

6 Un excelente resumen del nacimiento y desarrollo del sentimiento nacional se encuentra en el pequeño libro de Edward H. Carr, "Nationalism and After" New York 1945.

boca de jarro: ¿Qué piensa Ud. de la raza? Sin pestañear respondí rápido, sin pensar nada, desde el fondo de mi española universalidad: la raza no existe. ¿Existe realmente la raza? Nosotros pensamos que no. Veamos que sentido damos a esta negación.

La raza suele definirse como un conjunto de rasgos físicos transmitidos por herencia que caracterizan a un grupo y lo delimitan de otros grupos con otras características físicas comunes. Los rasgos físicos que suelen darse son los siguientes: color de la piel, color de los ojos, color y forma del pelo, índice cefálico, forma de la nariz, estatura y grupo sanguíneo. Con estas categorías somáticas se clasifican los hombres en grupos diversos a los que se da el nombre de razas. Con frecuencia suelen adscribirse a estos grupos unas características psicológicas derivadas, naturalmente, de la constitución física. Lo curioso aquí es cómo el sentimiento nacional representa su papel en la selección de estos rasgos psíquicos. Pude percatarme de la subjetividad nacional de este criterio de relación, cuando años atrás profesé más de un curso de Antropología y me hice familiar con la bibliografía, especialmente la alemana. La raza a la cual uno cree pertenecer resulta siempre la mejor dotada.⁷

Naturalmente, nadie que esté en su sano juicio podrá negar la diferencia entre un negro y un blanco, un chino y un inglés. Y tampoco nadie que conozca la materia podrá negar la diferencia exterior de las razas históricas forjadas a través de milenios con abundantes mezclas. Pero nuestro problema no es este. Al negar la existencia de la raza queremos decir que este concepto físico es una abstracción. El hombre, y también el pueblo, es una síntesis de capas diferentes que se influyen mutuamente y no puede decirse que ninguna sea fundamento de la otra.

Es tan legítimo derivar las cualidades psíquicas de las somáticas como las somáticas de las psíquicas. Con ello queremos decir que lo que existe es el hombre en su grupo nacional, caracterizado mucho más por la cultura que por los rasgos físicos. El hombre es siempre una unidad y no puede separarse en partes. El "instinto" de pertenencia no lo saca el individuo de su fondo racial. Sin embargo, con ello no se quiere decir que la homogeneidad sanguínea sea indiferente en la formación del pueblo. Pero tenemos que recordar también aquí, como nota bien Max Weber, "que la comunidad política puede despertar la creencia en el origen ra-

7 Véase el libro de *Otto Tumlirz: Anthropologische Psychologie*, Berlin 1930.

cial, aun en sus miembros más heterogéneos”⁸ y que “toda la historia pone de manifiesto con qué extraordinaria facilidad la acción comunitaria política da origen a la idea de una ‘comunidad de sangre’ si no se opone a ello la presencia de diferencias antropológicas demasiado marcadas”.⁹

Cuando el sentimiento nacional arranca de la raza, constituye un prejuicio asociado a la superioridad o inferioridad de ciertos grupos étnicos. Entonces aparece el racismo con todas sus consecuencias. Es conocido el punto de partida del mito racial. El conde de Gobineau en su “*Assai sur l’inegalité des races humaines*” 1853-1857, abrió el camino sosteniendo la supremacía de la “bestia rubia”, teutónica, que tenía que seguir después Houston Chamberlain, hijo político de Wagner, con su resonante “*Foundation of the Nineteenth Century*” aparecido en 1899. En este suelo se nutrió la literatura del nacional-socialismo afectando a investigadores de notoria autoridad científica. Pero sería un error suponer que este criterio de estimación biológica ha desaparecido al cesar el mito racista alemán. Este prejuicio está muy extendido y arraigado y se necesitará mucho tiempo antes de que desaparezca de la esfera social. A veces ciertos grupos étnicos son tolerados, pero no olvidemos que, en la tolerancia, hay una buena dosis de soberbia y de actitud protectora que expresan un sentimiento nacional, en este caso, hijo de una supuesta superioridad racial.

La escuela tiene aquí un largo camino que recorrer extirpando el prejuicio racial en sus raíces emocionales. Mucha gente acepta la igualdad racial con la cabeza pero la establece de hecho con el corazón.¹⁰

IV

La comunidad de lenguaje

Por importante que sea el parentesco sanguíneo, real o ficticio, para la cohesión de la nación, no engendra por si solo el sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional. La constitución de este grupo no tiene

8 *Max Weber*: “Economía y Sociedad”, Vol. II, p. 67, México 1944. Trad. de Juan Roura Parella.

9 *Max Weber*: Loc. cit., p. 72.

10 Véase sobre el problema de la raza en la constitución del pueblo, Hermann Heller: “Teoría del Estado”, sección tercera, 55, 3A, Traducción de Luis Tobío, México, 1942.

su fundamento en la sangre sino en la cultura. El sentimiento nacional sólo emerge en la conciencia cuando los lazos espirituales se entretajan con los naturales. Uno de estos lazos es el lenguaje. Con razón Unamuno llamó a la lengua la sangre del espíritu. ¿Hasta que punto, tenemos que preguntarnos ahora, es la lengua común un vehículo de la conciencia nacional? ¿Qué papel representa el lenguaje en el sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional?

En primer lugar la lengua es un factor primordial en la formación del individuo. Al asimilar la lengua creciendo en su seno somos asimilados por ella y las categorías del pensar y en cierta profundidad las del sentir, es decir, la lógica intelectual y la afectiva moldean nuestra mente. La lengua es el órgano de expresión de nuestras funciones intelectuales y en gran medida de nuestra vida espiritual. Es esencialmente el vehículo de la ciencia.

Por otra parte la lengua tiene una marcada significación social. Es el medio de comunicación con nuestros semejantes. Ya Aristóteles establece que el hombre es un *zoon politikon* porque posee la facultad de hablar. Las expresiones fonéticas del animal sólo expresan estados subjetivos, agradables o desagradables sin la referencia objetiva, simbólica, que posee el lenguaje humano. Las investigaciones de Wolfgang Köhler sobre este punto no dejan lugar a dudas.¹¹ De paso mencionaremos aquí la enorme significación de la lengua en la construcción de la cultura y de la Historia.

Sabido es que los griegos se delimitaron en sí mismos de los pueblos por medio de la lengua. Los que no hablaban griego eran "bárbaros". También los eslavos se delimitan de los demás por el criterio lingüístico. Así llaman a los alemanes *mec*, mudos. Y Jacob Grimm, entre otros, define el pueblo como "un conjunto de individuos que hablan la misma lengua".

El problema de la lengua es todavía más complicado que el de la sangre y aquí no podemos entrar a fondo en él.¹² Con frecuencia se entrelaza con la estructura política cargándose también de substancia explosiva. No cabe duda de que la lengua es el medio más importante de

11 *Wolfgang Köhler*: *Psychologische Forschungen*, 1, 27, (1927).

12 Véase la documentada obra de *Leon Dominian*, "The frontiers of language and nationality in Europe". New York 1917.

comunicación entre los hombres; pero tampoco cabe ninguna duda para quien el poder no empaña el entendimiento de que este medio es impotente por sí solo de formar ningún grupo. Acaso, como piensa Karl Vossler, es el grupo el que forma la lengua y no al revés. La lengua francesa literaria considerada como vehículo de cultura es una creación de la mística política francesa nacida y desarrollada en la raíz del sentimiento nacional francés en el punto culminante del pensamiento de unidad de los reyes.¹³ La comunidad de lenguaje no basta para engendrar el sentimiento nacional. Los hechos son claros: los irlandeses y los alsacianos nos muestran hasta qué punto son ajenos al pueblo cuya lengua hablan. Ni los alsacianos de lengua alemana se sienten alemanes ni los ginebrinos y los canadienses de habla francesa se sienten franceses. ¿Se sienten ingleses los norteamericanos por el hecho de hablar inglés? Lo mismo ocurre con los pueblos de habla española respecto a España. Demuestra confusión mental llamar españoles, como se hace en Norteamérica, a todos los individuos de habla española. La lengua no se cubre con la nacionalidad.

Por otra parte, ¿no constituyen los judíos un pueblo con intenso sentimiento nacional a pesar de la multiplicidad de lenguas? Estos hechos tan claros, conocidos y elocuentes han sido con demasiada frecuencia ignorados a lo largo de los últimos siglos por los políticos españoles que llevados mucho más por la fruición del poder que por el poder mismo, que por fines constructivos, han tratado sin conseguirlo nunca de establecer la unidad nacional persiguiendo lenguas peninsulares sin poder ver que España a esta altura de su evolución no podrá ser nunca una unidad de tipo protoplasmático y homogéneo sino una unidad múltiple diferenciada y heterogénea. Nunca el catalán se sintió más español que en los años de la República cuando podía expresarse libremente en su lengua materna y nunca se sintió en el fondo más catalán que cuando se ha querido extirpar este órgano de comunicación pensando destruir así su catalanidad. La lengua no es más que un factor del sentimiento nacional y su importancia crece o decrece en relación con los otros factores. Estas reservas aumentan todavía más cuando salimos de Europa y entramos en la torre de Babel africana o asiática. Por importante que sea la

13 *Karl Vossler*: "Frankreichs Literature in Spiegel seiner Sprachenentwicklung", pp. 30 y siguientes, 1921. Véase también H. Heller *Loc. cit.* p. 187.

lengua como acción comunitaria no constituye el nervio del sentimiento nacional.

v

La experiencia común del pasado

Unamuno ha escrito: "Escudriñad la lengua porque la lengua lleva, a presión de atmósferas seculares, el sedimento de los siglos, el más rico aluvión de espíritu colectivo; escudriñad la lengua."¹⁴ ¿Se encontrará la fuente de la conciencia nacional en este sedimento de los siglos? ¿Se hallará acaso en este pasado común? No tenemos que repetir aquí lo que todos sabemos sobre el carácter histórico del alma humana. Somos según hemos sido y seremos según somos. El hombre posee una dimensión histórica de la que carecen los demás seres vivos. El alma humana es una geología histórica en la que nuevas capas se depositan a las ya existentes. Viene del pasado y se proyecta hacia el futuro. Memoria, recuerdo, angustia, miedo, esperanza, son funciones de esta dimensión temporal del hombre. El hombre no tiene historia; es historia. Y es historia en cuanto que es una parte del destino de su pueblo. La conciencia histórica es siempre una conciencia del "nosotros", una conciencia del pueblo al cual pertenecemos. El sujeto de la historia no es ni el individuo aislado ni la humanidad sino el pueblo. Sería aventurado afirmar, sin embargo, que algún día no habrá una historia de la humanidad.

Esta conciencia del pasado común desempeña un papel importante en el sentimiento nacional. El pueblo no es sólo portador del destino histórico sino también producto de él. Los recuerdos políticos, las guerras ganadas y perdidas con el entusiasmo y tremendo dolor que producen, la opresión, el mal trato, las invasiones, el miedo y el sufrimiento, contribuyen en gran medida a la constitución de esta conciencia solidaria. Un buen ejemplo nos lo dan los judíos y los polacos de Europa. De los mitos comunes y de las leyendas heroicas arranca un fuerte sentimiento

14 Unamuno: Ensayos, II, La Fe p. 223. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1916-1918.

nacional como vió muy bien Schelling. Los héroes legendarios y los históricos mantienen la llama sagrada de la conciencia nacional. No en vano se usa la historia como el elemento más importante en la educación del ciudadano. El patriotismo se enciende con la vida de los mártires y héroes nacionales. Un paso más y el sentimiento nacional se convierte en nacionalismo y la patria se ve como a un Dios a quien se adora y por quien se muere. La personalidad individual naufraga en esta conciencia colectiva. No es tampoco en vano que todo intento de constitución de una sociedad mundial recomienda siempre la *desinfección* de los manuales de Historia.

Por otra parte el culto excesivo del pasado puede conducir a una conciencia nacional quietista, pasiva e inoperante que compensa su ineficacia y su pobreza en un orgullo desmesurado sin relación con el verdadero valor de sus actuales creaciones culturales. Oigamos las bellas palabras de Ortega y Gasset: "Las glorias más o menos legendarias en los tiempos pretéritos, la belleza del cielo, el garbo de las mujeres, la chispa de los hombres que hallemos en torno nuestro, la densidad transparente de los vinos jerezanos, etc., etc., componen una masa de realidades más o menos presentes que es para muchos la patria. Esta noción de patria engendra un patriotismo inactivo, espectacular, estético, en que el alma se dedica a la fruición de lo existente, de lo que un hado venturoso le puso delante."¹⁵ No cabe duda ninguna que para muchos españoles, aquéllos para quienes la permanencia predomina sobre el cambio, los que adoren el mundo de la Edad de oro, no como algo intemporal como la clásica Grecia sino como forma de vida histórica que hay que eternizar, el magnífico retrato de Ortega es perfecto.

VI

Cultura y territorio nacional

Acabamos de ver cómo la corriente histórica que desde lejos en el pasado llega hasta hoy para penetrar en el futuro, despierta, aviva y con frecuencia hasta inflama el sentimiento nacional. El individuo

15 José Ortega y Gasset: "Personas, Obras, Cosas" 2ª edición, 1917.

nace en el seno de esta corriente cultural siempre en movimiento y al asimilar sus productos es a su vez asimilado por ellos. Así los miembros de un pueblo están poderosamente unidos por la situación cultural en que nacieron con sus realizaciones, sus problemas y sus esperanzas. En este sentido puede decirse que pertenece a la nación "todo aquel que ha nacido en la cultura viva de un pueblo, quien posee esta cultura como algo innato y consubstancial con él y no como algo aprendido."¹⁶ Es mucho más importante para la conciencia nacional esa posesión cultural común adquirida, el crecer en la cultura misma, que el parentesco sanguíneo. La nación es esencialmente una comunidad de cultura. Arte, ciencia, economía, política, moral, religión, la cultura en una palabra, son lazos poderosos de unión. Nos parecen adecuadas las palabras de Wilamowitz Moellendorff: "Aquel que lleva en su alma consciente o inconsciente la cultura alemana como elemento vivo, aquel es un alemán; raza, lengua y ciudadanía no son decisivos."

El sano sentimiento nacional, es decir, la adecuada valoración de sí mismo como pueblo, su situación entre los demás pueblos, no depende tanto del poder material o de la capacidad destructiva de las bombas que ha llegado a fabricar ni del hecho de haber tenido en el pasado una grandeza espiritual como España en los llamados siglos de la Edad de Oro, sino de los rendimientos culturales del presente. La estima entre las demás naciones hay que conquistarse siempre de nuevo mediante continuadas aportaciones a la cultura. Todo orgullo nacional que no se base en el hecho de actuales creaciones espirituales es injustificado o anormal. En definitiva, el valor real de un pueblo sólo puede medirse con un patrón espiritual común y su resultado mayor o menor debiera ser siempre un acicate para la propia superación. La formación de un pueblo es una tarea que no termina nunca.

La cultura de un pueblo arraiga y se desarrolla en el territorio nacional. El espacio delimita unas naciones de otras de suerte que una cultura crece como una planta. En nuestro territorio, en la tierra de los padres, estamos en "casa". A esta conciencia del hogar común se vincula también el sentimiento nacional. La significación de la tierra es más fuerte en unos pueblos que en otros como se expresa en el lenguaje. La palabra destierro habla elocuentemente de la importancia del suelo para

16 Julius Binder: "Fichte und die Nation", Logos, vol. 10, p. 293.

el sentimiento nacional del español.¹⁷ Cualquier pérdida de territorio por pequeña que sea, toda intromisión de otro pueblo en el suelo nacional es sentida como una amputación del alma. Sin embargo, tampoco la tierra es un factor decisivo en el sentimiento nacional: piénsese en los judíos que durante siglos han vivido separados en todos los ámbitos del mundo anhelando siempre, con razón, dar una concreción espacial a su intenso sentimiento nacional. No sabemos si al satisfacer al fin su deseo secular se habrá intensificado su sentimiento colectivo.

VII

El ideal nacional

La nación no es sólo historia y actualidad, pasado y presente, sino también ideal, futuro. Por eso es esencial a la conciencia nacional una fe en el futuro. El ideal da sentido y dirección tanto a la vida individual como a la del pueblo. La nación alcanza conciencia de sí misma cuando se confiere una misión entre las demás naciones. La misión que todo pueblo debe darse a sí mismo si no quiere vivir una existencia vegetativa y por consiguiente no alcanzar la alta categoría de comunidad nacional, representa una forma de cultura particular, única, que no debiera faltar en la dinámica del mundo. Cada pueblo, ha dicho bellamente Hegel, es sólo una faceta del espíritu total del mundo.

En la realización de este genio nacional se basa el derecho que tiene todo pueblo de determinarse a sí mismo y de realizar los valores de su misión.

Como el individuo, también el pueblo puede fallar su propio destino. La imitación de ideales ajenos puede velarle la visión de su propio ideal nacional; la voracidad de otro Estado puede privarle de aquélla libertad necesaria para la realización de su misión específica; un miedo excesivo puede llevarle a gastar sus mejores energías en la producción de medios de seguridad que fácilmente pueden ahogar en sus mismas raíces las

17 La tierra es un factor importantísimo en la conciencia nacional de la generación como ha visto bien Lain Estralgo en su obra "La generación del 98", Buenos Aires, 1947, véase también Unamuno: "País, paisaje y paisanaje" en: "La ciudad de Enoç", México, 1941.

creaciones individuales. La nación es algo que no existe, algo que está por hacer, una tarea a realizar, un deber en suma. Para el cumplimiento de este deber se necesita libertad con respecto al exterior, y también interior, en el seno de la comunidad nacional.

En esta voluntad de futuro encuentran los auténticos líderes del pueblo la fuente de su profundo sentimiento nacional. Son aquellos elegidos que con hondo amor, espíritu de sacrificio y generosidad son capaces de llevar al pueblo de lo que es a lo que debe y puede ser.

Después de pasar brevemente revista a las fuentes principales de donde dimana la conciencia nacional llegamos a la conclusión de que ninguno de estos factores constituyen por sí solo la raíz única de donde surge esta conciencia. Ni la raza, ni la lengua, ni el suelo, ni la historia, ni la cultura, ni la idea nacional constituyen aisladamente el punto de arranque de la conciencia nacional. Todas ellas, como raíces de un mismo tronco alimentan la conciencia que un pueblo tiene de sí mismo. Actúan federativamente, con estrecha correlación, con una dinámica variable en la síntesis de una pluralidad de sentimientos y experiencias, relativamente independientes, para constituir una conciencia que es el barómetro del tono vital y espiritual del pueblo, lábil y fácilmente excitable, pronta a salirse de sus cauces normales para convertirse en una conciencia normal patológica.¹⁸ El imperialismo en sus extremos expresa visiblemente esa anormalidad de la conciencia nacional.

VIII

Conciencia nacional enferma

La misión que el pueblo se da a sí mismo sólo puede ser plenamente realizada con la asistencia de otra estructura social básica, supuesto necesario de una robusta y sana conciencia nacional: el Estado. Toda vida lleva en su seno el germen de su propia decadencia y destrucción, y la vida del pueblo más que otra cualquiera porque como es más fina y

18 Max Weber, en *Economía y Sociedad*, iv, p. 52, México, 1944, dice con razón que este sentimiento nacional funciona de distinta manera en los diferentes pueblos según los motivos que lo alimentan.

elevada es más compleja y vulnerable. Sin la fuerza organizadora del Estado el pueblo no podría subsistir largo tiempo. El Estado representa voluntad de vida, sentido del orden, del honor y dignidad y del trabajo cultural planeado y dirigido.

La conciencia que el pueblo tiene de sí mismo es tanto más fuerte cuanto más se apoya en un Estado jurídico ordenado libremente, no en una pura organización de poder. El Estado da coherencia y firmeza a la nación y la nación confiere prestigio moral y espiritual al Estado. Por eso la independencia y la libertad, sólo limitada por la convivencia de las demás naciones son tan indispensables para el Estado como para el destino de la nación.

El Estado se introduce en la vida del pueblo, la ordena, no desde fuera con fórmulas abstractas sino desde dentro dando forma jurídica a las necesidades y anhelos de la nación. La fuerza ordenadora del Estado radica en el poder, esto es, la facultad y la capacidad de imponer criterios de valor a todos los ciudadanos y de exigir mediante la autoridad y la coacción su obediencia y cumplimiento.

En apariencia por lo menos, llegamos a la primacía del Estado sobre el pueblo y su cultura; parece como si la estructura toda de la cultura tuviera su culminación en la vida política. Nada de eso, sino todo lo contrario. Lo decisivamente importante es la realización del espíritu nacional, y el Estado no debiera ser más que el primer coadyuvante de esa tarea. El error de todo régimen totalitario, sea cual fuere su signo y su etiqueta, es colocar los valores políticos en la cima de la jerarquía de valores, de convertir el Estado en Dios. No siempre la cultura y por consiguiente la historia, ha tenido su cúspide en el Estado. Piénsese en la Edad Media. No se insistirá nunca bastante en que el Estado es un servidor del espíritu y no el espíritu un esclavo del poder.

El poder debiera estar siempre al servicio de la misión que el pueblo se da a sí mismo como expresión de su personalidad. Esta es la función de todo gran político: comprender con fino instinto lo que palpita en el seno del pueblo en el momento histórico y realizar en forma planificada y orgánica, por encima de los intereses particulares de clase social o partido político los ideales de la nación. Y la misión del intelectual es sobre todo hacer consciente los hondos anhelos del pueblo. Si el intelectual no es un vidente, si no ve el futuro en el presente como el

poeta de calidad que es siempre un profeta, no es más que un mero trabajador de la cultura.

La crisis actual se debe, en buena parte, a que el Estado, olvidando su carácter ético sólo se decide por motivos vitales. El incremento alarmante de la función policíaca en las democracias, expresa, incluso en el mejor de los casos, una labor preventiva de limpieza y prevención que puede hacernos olvidar fácilmente que el Estado está ahí especialmente para construir, por imperfecta que sea, la ciudad de Dios en la tierra.

Cierto que existe una tensión entre la vida política y la ética y que a veces, en situaciones que deberían ser siempre transitorias, los pueblos tienen que sacrificar los valores superiores en aras del puro vivir. Pero toda vida política que no se orienta en la dimensión ética, como ocurre en nuestro tiempo, crea un hondo malestar entre los individuos y entre los pueblos mismos. Tiene razón Huxley: "Ningún ser humano y ninguna sociedad compuesta de seres humanos no hizo ni hará nunca gran cosa a menos que su conducta no esté guiada y gobernada por el amor de algún ideal ético." Como hace notar muy certeramente Sir R. W. Livingstone, de quien tomamos la nota anterior, Huxley se asusta de la palabra "espiritual" y la substituye por la expresión "ideal ético".¹⁹ El legislador tiene que estar profundamente penetrado de substancia ética si quiere que las leyes positivas tengan la tendencia a ser leyes ideales, esto es, justas y constructivas.²⁰

Falto de un alto ideal de vida, el hombre moderno sólo quiere "perdurar" determinándose desde su esfera animal, fuerte pero caótica, egoísta y egocéntrica. Dominado por el miedo y deseoso de arrojar de sí mismo toda angustia, organiza su seguridad; afirmándose a sí mismo sólo deja vivir a los demás cuando no representan una amenaza para su existencia; pasando naturalmente de la angustia a la agresión está presto siempre a lanzarse sobre su enemigo, o simplemente su presa, para devorarla después de haberla con frecuencia triturado verbalmente.

De esta suerte se pone a presión y temperatura la conciencia nacional creando una especie de neurosis colectiva que se manifiesta en el chauvinismo o nacionalismo exaltado. Naturalmente, como además de un

19 Sir R. W. Livingstone: "Greek ideals and modern life", p. 1, Harvard University Press, 1935.

20 Nicolai Hartman: "Ethik", pp. 58 y ss. Berlín, 1926.

animal el hombre es también un ser espiritual, trata de justificar su falso patriotismo, su conciencia nacional enferma, racionalizando sus instintos con cualquier contenido ideal o cualquier ideología.

Este nacionalismo exaltado, patológico, cierra la nación en sí misma, quiere estar sola, repudia todo lo extranjero, lo insulta y ataca por todos los medios de propaganda y en este aislamiento se construye una vida ficticia, elevándose a sí mismo, rebajando a los demás e imaginándose que no es lo que quisiera ser porque los otros se lo impiden. En este nacionalismo inflamado el individuo se disuelve enteramente en su grupo nacional.

El patriotismo, normal y patológico, es cultivado por el Estado en las escuelas, festivales conmemorativos de grandes hechos nacionales, organizaciones patrióticas que exaltan la cultura nacional, marchas y paradas militares y actos políticos variados. El honor, el prestigio, el orgullo y el poder de la nación son nociones que impregnan la mentalidad moderna. Nociones que mantienen el alma a alta tensión y que pueden conducir fácilmente a la agresión secando en gran medida las fuentes de la productividad espiritual.

IX

Nacionalismo e imperialismo

Si el Estado ve primariamente su esencia en su *perseverare conatur* que no sólo le lleva a la afirmación de sí mismo en sentido biológico sino también a eliminar de su seno los elementos que pueden debilitar su vitalidad, la nación está poseída por un fuerte impulso expansivo, también normal entre ciertos límites, que la mueve a propagar y a imponer su propio espíritu a los demás pueblos. Cuando esta intensa tendencia va acompañada del hondo afán de mantener abierta la receptibilidad captadora del espíritu ajeno, la nación da y recibe, y como el individuo mismo, se conoce en los demás y se enriquece asimilando la cultura de los demás pueblos. Ahí está la raíz del humanismo español según Karl Vossler que, a diferencia del europeo heredado de Terencio (“Homo sum humani nihil a me alienum puto”) afirma que todo lo

extranjero me humaniza.²¹ Este es a mi juicio, típicamente, el humanismo mexicano que cree consciente e inconscientemente que el hombre es tanto más hombre, es decir universal, cuantos más espíritus individuales lleva dentro de su alma.

Pero con frecuencia, “cuando una nación alcanza una concentración de sí misma y en su vida palpita una pasión de crecimiento alimentada por hondas raíces y fuerza propia, se encuentra unida a este impulso vital una aspiración al dominio imperialista ideal sobre el *Orbis terrarum*. En ello aparece la conexión entre la libertad y la voluntad de dominio... en Napoleón encontramos un apasado acento del espíritu nacional francés que quería hacer feliz al mundo extendiendo su dominio por la faz de la tierra. (Panslavismo!) Así, el dominio inglés del mundo es el correlato de su poderosa conciencia nacional”²² Como buen alemán, Simmel no menciona en esta conexión el pangermanismo. Y si viviera en nuestros días hablaría de la tendencia expansiva del llamado *American way of life* cuyo contenido no ha sido todavía definido concretamente.

La cultura de una nación se impone por sí misma gracias a la bondad y grandeza de sus valores. Posee en alto grado una virtud carismática incompatible con su infiltración mediante una propaganda barata o con primas de exportación.

Muy cerca del nacionalismo cultural se halla la tendencia expansiva del Estado. El imperialismo en cualquiera de sus formas, especialmente el político, encierra un germen cuyo desarrollo constituye una amenaza para la constitución de una sana conciencia nacional. Este afán desmesurado de crecimiento a expensas de los demás se disfraza a menudo con la máscara de una misión cultural o religiosa convirtiendo así la conciencia nacional en soporte del imperialismo. La nación busca su propio bienestar y su engrandecimiento a costa de los demás pueblos. El imperio napoleónico es una mezcla de imperialismo con un exaltado nacionalismo. A través de la Historia, desde los tiempos más lejanos hasta hoy, el imperialismo ha cambiado con frecuencia sus vestidos, pero en el fondo el fenómeno es siempre el mismo. “Nacionalismo es

21 Karl Vossler: “Die Bedeutung der spanischen Kultur für Europa”, en: Deutsche Vierteljahrschrift für Literatur Wissenschaft und Geitergeschichte, volumen VIII, p. 51, 1930.

22 Simmel: Loc. cit. p. 150.

el creador y el imperialismo la criatura; nacionalismo es raíz, imperialismo es fruto; nacionalismo es tendencia, imperialismo es manifestación.”²³

La nación busca cerrar el círculo del poder en la formación del imperio. Nacionalismo está siempre asociado al sentimiento de poder. Cuando el sentimiento del poder nacional sobrepasa la fuerza real del Estado el nacionalismo se convierte en gesto, fraseología, chauvinismo.²⁴ En este sentido el patriotismo exaltado, delirante, efervescente es una compensación ilusoria del deseo de expansión nacional. Típico ejemplo de este patético imperialismo sin fuerza real es la Italia de Mussolini. Este patetismo refuerza el impulso a la aventura y conduce a la desilusión y al fracaso de la nación. Y con él a la bancarrota de la personalidad individual.

x

Tratamiento

Después del dictamen, el tratamiento. ¿Qué pueden hacer la escuela y la sociedad para hacer compatible el amor a la propia nación sin comprometer la armonía en el concierto de las naciones? En otras palabras: ¿qué debe hacerse para que cada pueblo viva su vida y deje vivir a los demás? ¿Cómo superar la conciencia nacional?

El problema de la convivencia pacífica de la variedad de pueblos es una cuestión de integración política. Dos caminos no fáciles de recorrer conducen a este fin: el poder y el amor. El primero es el método del nacionalismo imperialista. Ejemplo histórico: el imperio romano. El segundo está contenido en la palabra de Jesús. Hay que convenir que a lo menos en el plano internacional el cristianismo es un ideal tan distante que parece inasequible y contradictorio, porque ¿cómo podemos destruir y aniquilar a nuestros semejantes en nombre del amor que es la palabra viva del Señor? No vemos más que una solución posible: cambiar

23 Charles E. Martin: “Imperialism”, artículo contenido en “Contemporary World Politics” editado por Brown-Hodges-Roucek p. 74, New York, 1939.

24 Friedrich Wieser: “Das Gesetz der Macht” cap. xvii, Viena 1926.

la mentalidad humana si esto es posible. Por lo menos así hay que creerlo y trabajar con fe para convertir esta posibilidad en realidad. El cambio de actitud, de modo de sentir y de obrar es cosa de la educación organizada. La tarea de la escuela en su más amplio sentido es la de despertar y formar una sana conciencia nacional, de mantenerla en sus límites normales y de desinfectarla donde esté enferma. Sólo así se creará un patriotismo constructivo capaz de tolerar a los demás pueblos en la convivencia de las naciones. Y las Naciones Unidas, que es el órgano de esta convivencia, será tanto más perfecto cuanto más civilizados sean los miembros, es decir, cuanto más trasciendan su nacionalidad pensando menos en el poder nacional que en la libertad mundial. Y cuanto más perfecta sea la sociedad mundial tanta más autoridad y eficacia tendrá para sanear la conciencia nacional de cualquiera de sus miembros, por poderosos que sean, en el caso de que la tuvieran infectada. La tarea no es cosa de un día. Hay que trabajar sin descanso por un mundo mejor y si en una situación histórica dada hay que hacer concesiones a este ideal hay que tener siempre presente como dice Goethe que la meta es la humanidad,

“Humanitat sei unser ewig Ziel.”²⁵